

# Saber vivir

Querida Laura:

Hace poco más de un año, dimos una conferencia compartida a los profesionales de las aulas hospitalarias donde hablamos de los beneficios del arteterapia. Tú sabías mucho más que yo y cuándo te observaba mientras hablabas, te noté relajada, distendida, como si –de algún modo– te hubieras quitado un peso de encima. Fue una conferencia brillante, porque sabías transmitir sin imponer. Como siempre.

Era un septiembre todavía cálido y a la salida, en un jardín que destilaba todavía los aromas del verano, me invitaste a dar un paseo, a sentarnos en un banco. Me dijiste que te estabas muriendo. “Todos nos estamos muriendo, Laura”, creo que dije yo en algún momento. Pero tú tenías una certeza. Hablamos, hablamos mucho. Hablamos de la muerte, de cómo se presenta de repente ante nuestra mirada, ante nuestro espejo, y hay que saber, hay que aprender a mirarla de frente. Recuerdo que estabas radiante, con un bronceado leve, un vestido azul sin mangas, tu largo pelo negro, azabache. Eso y tu mirada dulce e inteligente.

Durante todos estos largos meses nos hemos visto bastante. Nos pediste que no te alejáramos de la vida. Dististe una de las conferencias de inauguración más bonitas al Máster de Arteterapia, hablaste de pequeñas cosas, minúsculas e importantes.

Viniste con una de tus hijas a la inauguración de mi pequeña exposición, sobre algas, conchas y plantas. Hicimos una inauguración bonita, entre amigos, con imágenes proyectadas, mientras yo hablaba del proceso. Mostré las fotografías que hice en el verano de 2012, tras la muerte de mi madre y por mi imposibilidad de dibujar: eran fotografías de raíces desgajadas, al aire, a la intemperie... yo contaba que ese agosto yo era también una planta con todas las raíces a la intemperie. Después, te acercaste y me dijiste algo así como “me ha gustado que hayas hablado del duelo de tu madre, porque, de algún modo, mis hijos tendrán de enfrentarse a mi ausencia. Es bonito que lo hayan visto”.

Nada hay más valiente que mirar la muerte de frente. Porque has mirado de frente también la vida.

Cuántas cosas has hecho, Laura: tu trabajo pionero en las plantas pediátricas de oncología y trasplantes de La Paz, para cuyos profesionales eres un referente de eficiencia y sensibilidad; tu generosidad en los talleres de Ventillarte, con mujeres de otros orígenes y sus hijas, dándoles voz, poder y energía para trazar sus proyectos vitales; tu compromiso con hacer de los museos agentes de cambio e inclusión social, tu colaboración constante con EducaThyssen; tu compromiso constante con el bienestar humano, la inclusión, la creación de redes. Y sobre todo, tu voluntad de hacer con otros, tu generosidad y acierto en trenzar relaciones humanas, nutriendo la posibilidad del hacer compartido

Los últimos meses fuiste dejándonos algunos deberes, dando instrucciones que no lo parecían, pasando el testigo del compromiso que tenemos con la vida y los demás. Todas, todos, lo hemos aceptado como un regalo.

Lo cuidaremos Laura, no lo dudes. Haremos que crezca.

Que la tierra, el aire, el fluir del universo, nos traiga un poquito de ti cada mañana que despertemos.

Marián

Postdata:

Laura, hago más las bellas palabras de Marián.

Son tantos y tan hermosos los recuerdos que tengo tuyos que no sé con cual quedarme.

Los últimos mails que me enviaste, plenos de amor y sabiduría, los guardaré siempre en mi corazón.

Y la acuarela que me regalaste, en la que pintaste juncos con flores lilas y un gran sol, obra a la que agregaste un haiku de Boshō:

*Como recuerdo  
a una amapola  
deja sus alas la mariposa.*

Creo que pintaste ese gran sol para que me ayude y caliente en lo que me quede de vida, y así lo hará.

Laura, has dejado para siempre tus alas generosas sobre todos nosotros.

Noemí